

El temor de «no irritar mucho á Prusia» fué perdiéndose rápidamente. En 14 de marzo encargó Napoleon á su ministro Talleyrand que pensase de qué manera se podría procurar al príncipe Murat un engrandecimiento de su ducado de Cléveris-Berg, recientemente creado, destinando quizás á ello las abadías de Essen, Elten y Werden pertenecientes á Prusia. Haugwitz, que todavía se encontraba en París, nada pudo saber antes del 16 de marzo acerca de todo este plan (1): dos días despues, entró en juego como nuevo príncipe del imperio «Joaquín, príncipe y gran almirante de Francia, duque de Berg y de Cléveris (2);» el escudo bávaro desapareció de Berg, las armas prusianas fueron quitadas de Cléveris, y las tres citadas abadías fueron ocupadas por las tropas francesas, á pesar de que para ello no existía la menor sombra de derecho.

En abril estalló de una manera formidable la tempestad que la cuestion del Hannover había producido.

En 1.º de abril de 1806 publicó el rey Federico Guillermo una *patente*, firmada también por Haugwitz, en cuya primera parte se decía textualmente: «El deseo de nuestros leales súbditos y de los Estados limítrofes de conservar durante la guerra á nuestras provincias del Norte de Alemania los beneficios de la paz, fué siempre objeto de nuestros incansables esfuerzos. Creíamos y nos halagaba conseguir este objeto por medio de la resolución por nosotros adoptada á consecuencia de los últimos sucesos, y que dimos á conocer por medio de la patente de 27 de enero de 1806, resolución en virtud de la cual los Estados de la casa electoral de Brunswick-Luneburgo habían de ser ocupados por nuestras tropas y administrados por nosotros. Pero desde que la toma de posesion real de los territorios hannoverianos ha debido necesariamente hacerse á cambio de la cesion de tres provincias de nuestra monarquía, para de esta suerte conseguir la tranquilidad duradera de nuestros súbditos y de los Estados limítrofes, hemos firmado con S. M. el emperador de los franceses y rey de Italia un convenio, en virtud del cual, á cambio de la cesion de tres de nuestras provincias y en fuerza de muchas garantías mútuas y solemnes, se ha obtenido la posesion de los Estados alemanes de la casa electoral de Brunswick, que por derecho de conquista pertenecian á S. M. imperial. En su consecuencia, declaramos por esta patente que los territorios de la casa electoral de Brunswick pasan desde ahora á ser posesion nuestra y deben ser considerados como únicamente sometidos á nuestro poder.»

El día 10 de abril publicóse esta patente en el *Diario de Berlin*, despues de haber sido comunicada por manuscrito á la cancillería militar de Hannover, y antes en Berlin al embajador inglés Jackson y al embajador hannoveriano Ompteda. Este último pidió inmediatamente sus pasaportes y salió de Berlin el día 9 de abril (3); el primero recibió, en 19 del propio mes (4), orden de hacer otro tanto, y salió de la ciudad el día 6 de mayo, cuando ardía ya la guerra entre Inglaterra y Prusia. La embajada del rey Jorge, que en 21 de abril inició la guerra, fué el primer acto por el cual el nuevo ministerio Fox-Grenville dió á conocer oficialmente las tendencias de su política europea.

Guillermo Pitt estaba en los baños de Baht para restablecer su salud quebrantada á consecuencia de la gota, y se encontraba precisamente ocupado con su amigo Canning en corregir los ampulosos versos de una oda, en la cual, lord

(1) *Corresp.*, XII, pág. 186-187.

(2) *Corresp.*, XII, pág. 191.

(3) *Herencia política de Luis de Ompteda*, tomo I (Jena), páginas 146-147.

(4) Jackson: *Diaries and letters*, 1872, tomo I, pág. 227.

Mulgrave solemnizaba la victoria de Trafalgar (5), cuando llegaron las terribles noticias de Austerlitz, del armisticio y de la retirada de los rusos, que acabaron de destruir materialmente su ya quebrantado cuerpo. Apoderóse de él una debilidad tal, que en pocos días le convirtió en verdadero esqueleto: sus amigos no podían compararlo con nada la fatigada y desconsoladora mirada que fijaba en el vacío, y la denominaron «la mirada de Austerlitz.» Pitt se dejó conducir, como un moribundo, á su quinta de Putney, y cuando al llegar á ella ofrecióse á su vista el gran mapa de Europa, dijo á su sobrino: «Arrolla el mapa, dentro de diez días no servirá para nada.» Su muerte ocurrió en 23 de enero de 1806 y sus últimas palabras parecen haber sido: «¡Oh patria mia! ¡En qué estado dejo á mi patria (6)!»

La sucesion política del gran ministro fué recogida por la federacion de partidos que Pitt había propuesto al rey en mayo de 1804, y que no había llegado á formarse porque el rey no quería ningún ministerio con Fox y Grenville no quería ninguno sin él. El rey no tenía ya voluntad propia: el príncipe de Gales comenzó á intervenir en todo (7), y obra suya fué crear la nueva administracion, en la cual Grenville fué nombrado, en sustitucion de Pitt, primer lord de la tesorería y canciller de la Cámara del tesoro, Fox ocupó la plaza de lord Mulgrave y Addington, — elevado á la categoría de lord Sidmouth, — se hizo cargo del sello. Desde que los tres grupos de la que hasta entonces había sido oposicion entraron en el ministerio no hubo ningún contradictor en la Cámara baja, la cual dió buena prueba de la union que en ella reinaba con la adopcion de los acuerdos que tendian á pagar la considerable deuda que el difunto ministro, á consecuencia de su *desinterés*, había dejado por cubrir. Las deudas de Pitt importaban 40,000 libras (cuatro millones de reales, sin tener en cuenta la diferencia monetaria de entonces á ahora) mas que los bienes que dejaba, y á aquella cantidad había que agregar 12,000 libras que algunos amigos en 1801 le habían facilitado. De estas sumas, solo la primera fué reconocida por el Estado, la segunda no, y además á los tres sobrinos de Pitt, á quienes éste quería mucho, pero á quienes había dejado sin recursos, se les señaló juntamente una renta anual de 2,400 libras (8).

El diputado Fox había manifestado tanta veneracion hácia la Revolucion, tanta amistad por Francia y tanta hostilidad contra la política guerrera de Pitt, que desde que entró á formar parte del gobierno, Napoleon concibió la esperanza de que se produciría un cambio decisivo en la política británica. La carta por medio de la cual encargó, en 4 de febrero, á Talleyrand que pusiera la pistola sobre el pecho del conde Haugwitz con motivo de las modificaciones introducidas en el tratado de 15 de diciembre, comenzaba con estas palabras: «El ministerio de Inglaterra ha cambiado completamente desde la muerte de Pitt; Fox desempeña ahora la cartera de Negocios extranjeros (9).» Fox no dejó de dar, en 20 de febrero, un signo de vida del cual inmediatamente y con gran celo se hizo cargo Napoleon. En una carta (10) dirigida á Talleyrand hablaba Fox, en 28 de febrero, de un *quidam* que pocos días antes le había manifestado que había desembarcado sin pasaporte en Gravesend y suplicado que

(5) Stanhope, tomo IV, pág. 354.

(6) Stanhope, tomo IV, pág. 383.

(7) El embajador prusiano en Londres, Jacobi-Kloest, escribió en 18 de febrero de 1806: «Me atrevo á decir, según mi humilde opinion, que el rey ha abandonado las riendas del gobierno y ha permitido que las sostuviera como jefe el presunto heredero.»

(8) Stanhope, tomo IV, págs. 395-397.

(9) *Corresp.*, XII, pág. 4.

(10) Inserta en Garden, tomo IX, págs. 310-312.

le remitiera uno, porque llegaba de París y tenía que comunicarle noticias «que le causarian gran satisfaccion.» «Le recibí á solas en mi gabinete, donde el tuno, despues de hablarle de algunas cosas indiferentes, tuvo el atrevimiento de decirme que para tranquilizar á todas las coronas era preciso asesinar al jefe de los franceses, á cuyo objeto había alquilado en Passy una casa, desde la cual podría ponerse en obra segura é impunemente tan abominable plan. No entendí bien si para ello se quería hacer uso del fusil ordinario ó de alguna arma de fuego recientemente inventada. No me avergüenzo de confesaros, señor ministro, á vos que me conocéis, que ante la idea de que estaba hablando con un verdadero asesino, fué extraordinaria la confusion que de mí se apoderó. A consecuencia de este estado de mi ánimo le mandé salir inmediatamente de mi presencia y dí en seguida orden al oficial de policía que le vigilara para que lo mas pronto posible le hiciera salir del reino. Despues de haber reflexionado maduramente sobre lo que había hecho, comprendí la falta que había cometido al dejarle marchar antes de haberos dado cuenta de lo ocurrido y le mandé prender. Me parece que todo esto no es nada y que aquel miserable no quería mas que hacer el fanfarron prometiendo cosas que, á su juicio, «habían de complacerme.» De todas maneras, he creído deber ponerlos al corriente de lo sucedido antes de darle libertad. Nuestras leyes no nos permiten tenerle preso mucho tiempo, pero es preciso que no salga de la prision sin que hayais tenido tiempo suficiente para ponerlos á cubierto de sus golpes, en caso de que realmente tuviera siniestras intenciones. Cuando parta, tendré buen cuidado de que desembarque en el puerto mas lejano de Francia que sea posible. Aquí decía que su nombre era Guillet de la Gevillière, pero yo creo que este nombre es supuesto: no traía consigo documento alguno, y desde que pronunció las primeras palabras, concedíle el honor de creerle un espía.» Si este documento no hubiese figurado entre los papeles de Estado que en 22 de diciembre de 1806 y por orden del rey fueron presentados impresos á las dos Cámaras, se le hubiera podido considerar apócrifo y se habría podido decir, por razones intrínsecas, que ningún ministro había escrito una carta tan ridícula. Y si aquel *quidam* con todos sus supuestos planes no fué realmente una invencion, cualquiera persona imparcial comprenderá que el ministro Fox no podía elegir mas que entre estas dos soluciones: si no tomó la cosa en serio y consideró al *quidam* como un charlatan, debía ponerle inmediatamente á la puerta y no debía para nada hablar ni escribir sobre el particular; y si, por el contrario, admitió la cosa como formal y creyó que aquel sujeto era realmente un asesino, no debió dejarle marchar libremente para despues hacerle prender de nuevo, sino que debió hacerle prender en el acto é instruir el mas severo proceso para ver si se estaba ó no en presencia de un asesino declarado peligroso para alguien mas que para el jefe de los franceses. Pero apoderarse de él como sospechoso, detenerle como criminal, ponerle luego en libertad como inocente, sin haber instruido el correspondiente sumario, y embarcarlo por fin para dejarlo de un modo arbitrario en un puerto el mas apartado de Francia posible, todo esto era un tejido de injusticias y de contrasentidos que un ministro, que tal se reconocía de buena fe, no podía cometer sin que se le tachara de falta completa de inteligencia.

Esta carta debemos considerarla como una broma pesada. Pero Napoleon supo muy bien lo que se hizo cuando quiso entenderla de muy distinta manera y mandó escribir, en 5 de marzo, por conducto de Talleyrand, que su primera palabra, despues de haber leído aquella epístola, había sido: «En esto reconozco los principios fundamentales del honor y de la virtud en que siempre se ha inspirado Fox. Dadle las

gracias en mi nombre y decidle que ora la política de su soberano nos mantenga por algun tiempo todavía en guerra, ora cese esa lucha tan perniciosa para la humanidad, como así deben desearlo ambas naciones, siempre me alegraré del nuevo sello que este paso ha impreso á la guerra y que hace prever lo que puede esperarse de un gabinete cuyos principios me complazco en creer que son los mismos del señor Fox, que es uno de esos hombres que mejor saben comprender y sentir en todos los asuntos lo que es bello y lo que es realmente grande (1).»

Así comenzó una correspondencia política que, á mediados de junio, se convirtió en formal negociacion de paz, de la cual, sin embargo, no resultó mas que el descubrimiento del hecho de que Napoleon estaba dispuesto á hacer al rey Federico Guillermo una traicion y á cometer con él una deslealtad sin ejemplo. En nombre del emperador francés declaró Talleyrand al negociador inglés, lord Yarmouth, en 16 de junio, «que Napoleon ofrecía á Inglaterra el Hannover para el honor de la corona, Malta para el honor de la marina, y el cabo de Buena Esperanza para el honor del comercio de Inglaterra (2).»

La reexpulsion de los prusianos de Hannover era el único punto en que, en un principio, estaba Fox de acuerdo con Napoleon.

Para la aceptacion que en Inglaterra tuvo el tratado de París de 15 de febrero se tenía en cuenta, además de la suerte de Hannover, el cierre de los rios y de los puertos, que Napoleon exigía precisamente porque implicaba una mortal enemistad entre Prusia é Inglaterra. El embajador prusiano en Londres, baron Jacobi-Kloest, hizo en esta cuestion una distincion profunda entre la corte y el gabinete: la primera, es decir, el rey, el príncipe de Gales, el duque de York y el conde Munster hacian grandes aspavientos por la simple entrada de los prusianos en Hannover y se negaron tenazmente á dar crédito á las seguridades que daba Jacobi de que la ocupacion solo sería temporal. Ya á principios de febrero le dijo el conde Munster: «Puestos en el caso de tener que ver el Hannover ocupado por franceses ó por prusianos, la ocupacion prusiana sería indudablemente para nosotros mas humillante y mas dolorosa (3).»

De suerte que, al principio, Jacobi encontró muy mal dispuestos á los ministros. En 21 de marzo escribía: «Si no vacilo en señalar como resultado de mis observaciones la creencia de que la toma del Hannover no dará al gabinete de Saint-James motivo para un rompimiento con Prusia, en cambio puedo afirmar sin temor alguno que el cierre de los puertos de Prusia y del Sund, hecho con el consentimiento ó connivencia de V. M., traerá consigo las mas duras represalias.» Con la publicacion de la patente de 1.º de abril quedaron también cerrados á los ingleses los puertos del Elba y del Weser, y «despues de algunas dudas,» según dice Hardenberg, hizo lo propio con los del Ems, «á consecuencia indudablemente de haberlo así querido Napoleon (4).» En vista de esto, desbordáronse las pasiones en Inglaterra, que se sentía atacada en su santuario, es decir, en su negocio, dándose con ello ocasion á que volvieran de nuevo el corso y la piratería en nombre del honor del pabellon británico. El odio mortal que hácia Prusia sintieron los welfos tuvo de nuevo á su disposicion el tridente vengador de Inglaterra, sin que hubiera de temerse que en el Parlamento se formulara queja alguna contra el *hannoverian interest*, es decir, contra los intereses del rey en Hannover. En el mensaje que lord Gren-

(1) *Corresp.*, XII, pág. 130.

(2) Garden, tomo XI, pág. 298.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 475.

(4) *Memorias*, tomo II, pág. 527.

ville leyó, en 21 de abril, á la Cámara alta para notificar «las justas represalias que se habían tomado contra el comercio de Prusia,» el rey se gloriaba de que no la grave iniquidad que en el Hannover se había cometido «contra los intereses del reino» sino únicamente «el honor del pabellón británico y la libertad de la navegación de Inglaterra» le habían inducido á hacer un llamamiento á la nación. Decíase además en aquel documento: «Cuando S. M. supo que se había tomado el acuerdo de excluir á los buques y á los géneros de este país de los puertos y territorios que Prusia en parte posee legítimamente y en parte violentamente gobierna, no podía S. M. vacilar un momento en obrar sin faltar al primer deber que tiene para con su pueblo. La dignidad de su corona y los intereses de sus súbditos le vedaban tolerar con indiferencia esta agresión tan pública como inmotivada (1).»

Sobre este mensaje suscitóse, en 23 de abril, en la cámara baja un debate en el cual todos los oradores asestaron sin compasión sus golpes contra Prusia, sobresaliendo especialmente entre ellos el ministro Fox, que pronunció un discurso altamente injurioso, diciendo, entre otras cosas, que en su sentir, desde el 15 de febrero solo podía hablarse de la conducta de Prusia «con una mezcla de compasión y de desprecio;» «en este asunto, añadió, lo mas despreciable del servilismo se ha juntado con todo lo mas odioso que tiene el robo (2).»

La venganza de Inglaterra fué tan sencilla como terrible: sin declaración de guerra, sin previo aviso ni autorización del Parlamento y por simple acuerdo del consejo de ministros fueron confiscados, el día 4 de abril, todos los buques mercantes prusianos (3 ó 400) que estaban anclados en los puertos ingleses. Todos los géneros que á bordo de aquellos buques se encontraban fueron valuados en un millón de libras esterlinas (100 millones de reales) y á fines del mes se calculó que «antes de poco desaparecerían del comercio prusiano 28 millones de thalers (3).»

Bajo la impresión de todos estos sucesos escribía Jacobi, en 25 de abril, á su rey: «Creo, señor, que mis anteriores comunicaciones, especialmente la de 21 de marzo, deben haber preparado suficientemente á V. M. para lo que ahora sucede, desde el momento en que predije que el cierre de los puertos del mar del Norte al pabellón británico traería inevitablemente consigo un rompimiento entre Inglaterra y Prusia. En efecto, yo, y conmigo cuantos conocen la Constitución de la Gran Bretaña y el espíritu de esta nación, veíamos de antemano claramente que el mencionado suceso ataría las manos del ministerio británico y le obligaría necesariamente á romper con Prusia. Aquí se comprende, y lo comprenden así en primer lugar los ministros del gabinete de Saint-James, que el interés político de Inglaterra exige una buena inteligencia con Prusia para adquirir mayores fuerzas y se hacen sacrificios para ponerse en buenas disposiciones. Sobre este particular sé que ninguno de los ministros británicos deja de conocer que desde Jorge I la posesión del Hannover por un rey de Inglaterra solo es una carga para esta nación y causa para ella de peligrosas guerras. Conozco, además, muchos ministros que hubieran deseado de veras que, en medio de los trastornos que la Revolución francesa ha traído consigo, hubiese sido posible robustecer á Prusia con la adquisición del Hannover. Pero, señor, á pesar de estas intenciones favorables á Prusia, se ha levantado una voz unánime, en la sesión que celebró el gabinete de 4 de abril, acerca de la naturaleza del tratado de 15 de febrero. Aun

(1) Cobbett: *Parliamentary Debates*, tomo VI, pág. 806.  
(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 609.  
(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 474.

cuando no se consigna la palabra *ofensiva* en dicho tratado, éste ha sido considerado unánimemente como un tratado de alianza ofensiva, pues las primeras medidas que á consecuencia de él se han adoptado, son hostiles y humillantes no solo para el rey de Inglaterra sino para la Gran Bretaña misma, y son considerados como cómplices por la nación maltratada todos los que no califican de grosera infamia la innecesaria exclusión del pabellón británico del mar del Norte y especialmente de un puerto del Báltico. En verdad, señor, no hay aquí nadie que no considere el tratado de París de 15 de febrero como infausto signo de la muerte de la independencia de Prusia, como el sello solemnemente puesto á su sumisión á las leyes de Francia. Se le considera como fuente de desdichas para la monarquía prusiana (4).»

De esta suerte, la sed de venganza de los welfos saboreaba la ruina del comercio y de la navegación de Prusia; pero antes de asestar este golpe había lanzado, desde segura emboscada, contra el hannoveriano que como ministro de Prusia se había hecho reo de traición, un dardo que le infirió grave herida. El gobierno presentó, en efecto, al Parlamento y publicó en la prensa una carta que Hardenberg había dirigido á lord Harrowby en 22 de diciembre de 1805, cuya simple publicación era una violación imperdonable del secreto oficial diplomático y significaba en aquel momento una criminal sorpresa intentada contra una corte todavía amiga.

## CAPITULO V

### CONFEDERACION DEL RHIN Y CONFEDERACION DEL NORTE. FEDERICO GUILLERMO SE DECIDE POR LA GUERRA

Cuando, como recordaremos, el conde Haugwitz propuso en Brunn, en 28 de noviembre de 1805, la mediación de Prusia al emperador Napoleón, éste, sin aceptarla, impuso dos condiciones de las cuales la una se refería á la seguridad de Holanda contra todo ataque de parte de las tropas rusas, inglesas y suecas que en el Hannover se encontraban, y la otra hacía referencia al sostenimiento de la guarnición francesa de Hameln. Estas condiciones fueron comunicadas por el ministro Hardenberg, en su despacho de 22 de diciembre (5), á lord Harrowby, añadiéndole que cuando fueron formuladas el rey no había querido aceptarlas, pero que en el tiempo transcurrido las cosas habían variado de tal suerte, que las encontraba ya tolerables y, bajo ciertos puntos de vista, ventajosas, sobre todo si el emperador de los franceses se abstenía, durante las negociaciones, de todo movimiento de tropas en la Alemania del Norte. En su consecuencia, acordóse el envío del mayor general Phull y en 19 de diciembre se encargó á Haugwitz que manifestara al emperador que el rey consideraba como acto hostil de su parte la nueva ocupación del Hannover por tropas francesas. Si el rey de Inglaterra quería tener seguridad para sus tropas que se encontraban en Hannover, debía en primer lugar abstenerse de todo ataque contra Holanda y en segundo lugar unirse por completo á los prusianos, los cuales mantendrían en Westfalia un respetable cuerpo de ejército. Este lenguaje era muy propio de la situación en que se encontraba Berlín en 22 de diciembre, cuando aun no se sabía nada del tratado firmado por Haugwitz el día 15. De suerte, que no era posible, sin cometer la mas inicua maldad, lanzar contra Prusia la censura de traición y de mala fe. Cuando este despacho fué notificado oficialmente por los ingleses, dos cosas produjeron penosísima impresión: primera, la consideración de

(4) Véase *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 472.  
(5) *Memorias*, tomo II, págs. 380-385.

que un ministro del Exterior no tuviera la menor noticia, el día 22 de diciembre, de lo que el otro había hecho en Schöenbrunn el día 15 para transformar por completo todo el sistema político de su corte; y segundo, que la corte británica se atreviera á cometer tan brutal perjurio con el ministro de la corte amiga de Prusia. Esto último fué lo que recogió el *Monitor* cuando en 21 de marzo de 1806 publicó para sus atemorizados lectores el texto inglés que el periódico el *Sun* había publicado de aquel despacho, debidamente traducido al francés y acompañado de sangrientas y contundentes observaciones. La nota del *Monitor* (1) hacía una distinción entre el rey y sus ministros, entre Prusia y el hannoveriano, para atacar despiadadamente á este último. Este era presentado como un hombre que intencionadamente había hecho aparecer al rey como firmando el tratado de Viena, antes de la paz de Presburgo, únicamente para engañar al emperador. Aun prescindiendo de la maldad manifiesta con que todo esto había sido forjado, no podía oponerse reparo alguno al juicio que había merecido la conducta del gabinete británico: «Es un hecho sin ejemplo en la historia de las naciones que un gobierno desconozca sus deberes políticos hasta el punto de tratar con tan poca benevolencia á los amigos y de sacrificar, como lo hace Inglaterra, tan cruelmente á hombres que para servirla han hecho traición á su conciencia y á su soberano. Tal es la recompensa obtenida por Hardenberg por haber prostituido la paz general del continente; tal es el agradecimiento de Inglaterra hácia aquellos que hacen traición á la causa del continente para someterse á su despotismo.»

La situación del ministro, á quien Napoleón había querido arrojar públicamente esta provocación, se había hecho insostenible. Hardenberg envió, en 8 de abril, á las «Noticias de Berlín» (*Gaceta de Spener*) una contestación cuya consecuencia fué que en 15 de abril se manifestara oficialmente en los dos periódicos de Berlín que S. M. el rey había tenido á bien confiar de nuevo exclusivamente al ministro de Estado y de gabinete, conde Haugwitz, después de haber terminado la licencia que se le había concedido, la cartera de Negocios extranjeros (2).»

Esto constituía el licenciamiento de Hardenberg hecho en forma poco benévola: desde entonces cesó de hecho de ejercer como ministro, pero no la negociación secreta que durante la ausencia del conde Haugwitz había entablado con la corte de Rusia y que á la sazón continuó, por encargo del rey, desde su finca de Tempelberg.

Esta negociación había sido comenzada por el duque Carlos de Brunswick, enviado en enero de 1806 á San Petersburgo con una misión extraordinaria, en el sentido que había indicado el rey cuando dijo en marzo á Hardenberg, refiriéndose al tratado de 15 de febrero: «Que reconocía que sus relaciones con Napoleón eran forzadas, que no podía confiar en él y que por lo mismo estaba resuelto á aproximarse á Rusia, permaneciendo fiel á sus deberes respecto de Napoleón y decidido á no irritar á éste, pero preparándose, en unión del emperador Alejandro, para resistirle con energía si cometía contra él alguna injusticia y si seguía, como era de suponer, cometiendo abusos con grave perjuicio de Prusia (3).»

Cuando Federico Guillermo pidió de nuevo, y esta vez en circunstancias muy distintas, la defensa y el apoyo del emperador Alejandro, el ministro ruso del Exterior seguía siendo el príncipe Adán Jorge Czartoryski, y con esto queda dicho cuanto pudiera decirse acerca del sentido en que fué

(1) Inserto en Hardenberg, *Memorias*, tomo II, págs. 591-592.  
(2) Para saber cómo sucedió esto, véase Noack, obra citada, página 64.  
(3) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 564.

tomada por el gabinete de San Petersburgo la nueva evolución. Precisamente en aquellos días se hallaba el gabinete ocupado en demostrar al emperador Alejandro que todo cuanto se le había manifestado hasta entonces acerca del equilibrio y de la independencia de Europa había sido pensado desde el punto de vista mas estrictamente ruso. Al principio de un documento fechado en abril de 1806, que ha sido con frecuencia utilizado, se decía: «Pocas censuras se han lanzado contra el gabinete de San Petersburgo mas injustas que la de haberse entregado á extravagantes ideas de abnegación y de celo por el bienestar general de Europa, sin pensar en los intereses inmediatos de Rusia y sin intentar conseguir para ésta las debidas ventajas. Entonces no se conocían las conferencias que con V. M. se habían celebrado y en las cuales desde hacia dos años se había hablado con tanta frecuencia de probabilidades ventajosas para Rusia, tales como la posesión de Moldavia, de Valaquia y de las márgenes del Vístula como fronteras, la unión de los pueblos eslavos y griegos, etc., en una palabra, de la conveniencia de pensar en el engrandecimiento de Rusia y en asegurarle sus vías comerciales. Estos planes fueron siempre rechazados por V. M. de un modo que no dejaba lugar á esperanza alguna de que pudieran algun día serle agradables. En su consecuencia, hubiera sido difícil, por ejemplo, convenir con Bonaparte un plan de repartición de Europa, plan en el cual solo podía pensarse en el caso de que se acordara engrandecernos á costa de algunos de nuestros vecinos (4).»

El emperador Alejandro parecía ser la personificación del desinterés. El duque de Brunswick escribía muy satisfecho, en 27 de febrero, diciendo que el emperador le había hablado en los siguientes términos: «He renunciado por completo á la política oriental de la emperatriz Catalina: soy amigo de la Puerta y quiero que ésta se conserve incólume (5).» El mismo Czartoryski no vacilaba en escribir, en 24 de mayo, á Alopens: «Muy injustamente se creería en Berlín que tenemos intención de atacar á los turcos (6).» Pero estas no eran mas que vanas palabras para ocultar lo que Czartoryski había proyectado siempre y proyectaba á la sazón mas seriamente que nunca. Ya en marzo de 1806 era para él cosa resuelta el ataque contra Turquía, y en cuanto á la guerra de conquista de los rusos por la posesión de los principados danubianos, podía asegurarse que su intento era lanzar primero á Prusia á la desesperada lucha con Francia y luego debilitar y retardar, y á ser posible inutilizar por completo, la única arma auxiliar con que Prusia podía contar para aquella guerra.

En 8 de marzo, el duque de Brunswick envió un documento ruso, escrito en San Petersburgo (7), en el cual se pedía con gran insistencia que Prusia considerara como no obligatorios los deberes que para con Napoleón había contraído en 15 de febrero, es decir, la garantía de la conservación de la Puerta otomana, para el caso de que Rusia hubiese de sostener, por causa de Turquía, una guerra con Francia. Este caso se consideraba muy inminente, como lo indican estas palabras: «Dar á los turcos tiempo para que reunan sus ejércitos y aprovisionen sus fortalezas sería la falta mas imperdonable que Rusia podría cometer; y aun cuando toda la Europa se pusiera enfrente de ella, éste no sería para Rusia mas que un nuevo motivo para acometer á su enemigo en cuanto tuviera la certeza de que hacía preparativos hostiles.» Resultado de estas negociaciones fué un

(4) *L'empereur Alexandre et le prince Czartoryski*, págs. 21-22.  
(5) *Memorias*, tomo II, pág. 536.  
(6) *Memorias*, tomo III, pág. 18.  
(7) Inserto en Hardenberg, tomo II, págs. 552-563.